

De allí que creamos que Clara María está encauzando sus pasos por buen sendero. Esperemos nuevos frutos, que este último libro suyo augura notables realidades.—V C.

<https://doi.org/10.29393/At252-203CEEB10203>

UNA CARTA DE EDUARDO BARRIOS A MARÍA CAROLINA GEEL,
A PROPÓSITO DE LA NOVELA «EL MUNDO DORMIDO DE YENIA»

En cuando concluí la lectura de su libro, salí en busca de su editor para obtener las señas postales de usted. Me urgía manifestarle mi admiración.

Sí, María Carolina Geel, a medida que leía esas páginas vivientes, el convencimiento de haber descubierto una artista excepcional en nuestra literatura femenina, iba creciendo; y al volver la última página y apreciar la obra en su total, he sentido el imperativo de escribirle. No importa que lo haga con desorden; vale más acaso la vehemencia de lo espontáneo. Créame que han vuelto a mí las emociones que, allá por 1913 ó 14, me henchieron al descubrir a Gabriela Mistral. También ella dejó salir sus poemas desde la oscuridad y llena de vacilaciones y temores, y también ella convenció desde el primer instante de que nos salía al encuentro un gran hallazgo. Análogo temblor estético hay en mi espíritu hoy, tras la lectura de «El mundo dormido de Yenia».

Difícil me sería decir de pronto qué factor de la obra se ha impuesto con mayor fuerza a mi admiración, si la certera sutileza psicológica, si la afinación poética, si el nivel de alta dignidad humana y artística en que todo el relato se mantiene. Acaso la escasez de psicólogos en nuestra novelística y el hecho de ser éste mi campo predilecto me induzcan a considerar de preferencia la exactitud, a ratos milagrosa, del proceso anímico de Yenia. Ese caso de mujer «punto ardiente entre dos distancias» está tratado, sin duda, en «el profundo femenino». (Per-

dóneme si al citar de memoria no repito con fidelidad dos expresiones suyas). Y los personajes todos, muy proporcionados cada cual a su importancia, están vivos, y, lo que es más hermoso, participan todos de la nobleza de los tipos selectos. Circunstancia, ésta, que si bien hace el libro más digno de amarse, lo llena de dificultades para el autor.

Pero, repito, las páginas del libro van dando turno a muchas excelencias, cuando no las reúnen. No vacilo en decirle que son muchas las páginas que juzgo magistrales. Aparece con usted, necesito expresárselo, un efectivo valor en nuestras letras, y, para mayor gloria, un valor genuinamente femenino. Otras escritoras nos han dado su fruto, en cierto modo, como derivación del árbol literario masculino; han revelado virtudes y talento, manifiestos como asimilación de la técnica, como aptitud para observar, narrar, pintar y revelar, pero logrando el éxito sin esa plenitud de mujer, exclusivamente de mujer, que usted nos ha traído.

Quiero decirle más, María Carolina Geel. En la realización total del relato, en su arquitectura, hay también rotundo acierto. Descubre usted el don de las proporciones, el instinto para detenerse en lo que ahonda y debe permanecer, por significativo, y de limitarse a sugerir cuanto no merece ser expresamente dicho. Además, la poesía está muy a menudo presente, y jamás nos causa sensación de injerto o de ingrediente buscado. Para los hombres, Yenia descifra enigmas de psicología femenina, de esos que se nos escapan siempre por mucho que los observemos desde los campos de nuestro sexo.

Mucho he de celebrarle además su capacidad receptiva frente a otras artes; cada vez que la música interviene dentro de un estado de alma, el acierto es pleno. Y una pupila de pintor, diré más bien de dibujante, nos hace muchos regalos deliciosos, como cuando nos traza usted las actitudes de los perros. ¡Qué ironía empapada de ternura pone usted en ello!

Acepte estas líneas atropelladas, María Carolina Geel, como

un grito que no he podido contener; perdónele su desordenada vehemencia, porque es grito sincero, y cuénteme entre sus admiradores más afines.—EDUARDO BARRIOS.

■

¿QUÉ PASÓ CON ANA BOLTON? Novela de *Luis Bromfield*. Ed. Ayacucho. Buenos Aires, 1946

Las novelas de Luis Bromfield, han alcanzado en nuestro país, y, seguramente en América, una popularidad y una difusión pocas veces vista entre nosotros, en un breve espacio de tiempo. Posiblemente el inglés Somerset Maugham sería otro de los autores que tendría tanto público para sus libros en los países de habla española.

Y es que en realidad esta literatura está hecha con la sangre y el nervio del hombre que siente que la realidad, que la vida que pasa a su lado cotidianamente, es lo único que llega directamente a la sensibilidad de quienes leen, de quienes sienten que la obra novelesca no puede ser artificio ni largas divagaciones filosóficas que encajan mejor en obras de otro género y para los cuales hay otra clase de lectores.

Además son autores de una amenidad extraordinaria.

En esta novela de Luis Bromfield vemos, como en el caso de «La señora Parkington», a una de esas mujeres excepcionales, que por medio de su belleza fascinadora o por su inteligencia excepcional llegan a colocarse en el primer plano de la sociedad en que viven y logran destacarse en el ambiente por más que las circunstancias sean tan difíciles como lo fueron últimamente en Europa con motivo de la guerra.

Ana Bolton es uno de esos seres raros y fascinadores.

Y esto no era tan fácil porque en las grandes capitales, en los hoteles de lujo, en los balnearios elegantes de la Costa Azul o a bordo de los inmensos transatlánticos, pululaban los espías